Oda a Pablo Neruda

Pertenece Ney Himiob a la última promoción poética venezolana. Cuenta apenas unos veintidós años, pero ya es apto para bucear en los penumbrosos ámbitos de su alma, para situarse cara a cara con sus experiencias y dar forma y gesto a sus intuiciones. En él está presente la poesía como el pavor en la selva, como la tristeza crepuscular en los eriales. Sus manos remueven terrones, socavan sombras, mueren reflejos en las graves inundaciones nocturnas. Su poesía es mito, sueño, ansia y delirio, vigilia ardiendo ante el paso eterno de la belleza. Así lo ha comprendido Ney Himiob, y así lo expresa en esta "Oda a Pablo Neruda".

Cuando veo que soy íntimo amigo de tu sombra
y me siento vestido de pobreza;
cuando me miro huyendo por ciudades extrañas
perseguido por dientes de perros incendiados
y grito ante las noches con voz crepuscular,
quisiera sufrir mucho
y degradar mis sienes con frío, quitar de mi entrecejo
mis medallas de luto,
quisiera la vergüenza de mi sangre asaltada
por un miedo terrible
para poder sentarme a tu mesa de pino
y alimentar mis huesos con ese pan que amasas
en tus manos terrestres
hecho de un pobre corazón que tiembla
sorprendido de pronto por un ángel furioso,
hecho de pobre harina y furia, y tempestad.

Porque sobre tu casa se detuvo la luna
y una clepsidra ha roto, y en tus hombros
la tos hace su nido; porque entiendo
que ya no sabes nada de tu niñez frutal
olvidada de paso en casa de extranjeros
en cierta navidad donde era grato
abandonar las cosas; porque sé que en el mundo
ya no tienes los signos familiares: las llaves,
la ternura materna, los dientes de pequeño,
algún tesoro celosal guardado,
quiero pensar contigo, sentado en esa mesa,
y escucharte decir que nos asechan,
que viven descubriéndonos,
que también se nos mueren
con demasiada seguridad, con flechas
hundidas en el hueso convexo de la frente.

Aquí está el muro de la casa, el hueco
ya demasiado solo. Aquí hubiera una puerta.
Vamos a ver; es el cielo que nos advierte. Hay algo.
Un pájaro. Aquí tú y yo, y además otros muchos: el silencio
que acumulan los fetos con gesto preocupado,
las noches muy despiertas metidas en la alcoba
llenas de estrellas sin piedad, de orejas insaciables que miden
pequeñas extensiones, centímetros de nervio.
¡Aquí el sentir a veces la intención de los cielos
y aprender el regreso de todos los crepúsculos...
Eso tan verdadero, Neruda, tan verdad, tan desgracia...!

¡También medir con pasos la tierra,
saber nombres de muertos!
¡También cantar con voz, con pecho de abismo enfurecido!
Y en las regiones de tupida bruma
donde el olvido yace
y caigo yo, y el tiempo se reclina
como un noble discóbolo cansado,
¡ah, poder caminar con la dulzura
de quien tiene el secreto del otoño!

Pero siempre preguntas a los cielos
dónde el hombre asaltado de pájaros furiosos,
¿acaso no tiene agua ni aceite, o el vinagre
se ha agotado por siempre para sus rotos labios?

Dime, labriego fuerte de los pies resecos,
Neruda, ¿qué ha pasado con el tiempo cierto?
¿Puede acaso esta noche derrumbarse,
esta noche que oímos llena de madreselvas?
No sé, a veces recuerdo
hombres que no conoce mi corazón, palabras
abiertas en el alma como flores nocturnas,
mujeres a la orilla del mar...
Pero el timido fuego de aquella niña ardiendo
sobre el hombro desnudo de la fiesta,
abandonada sobre mi corazón, ¿dónde está ahora?
¿Dónde el olor antiguo de la violeta, dónde?

No sé, yo me conformo, Neruda, con que sepas
lo que de cierto sabes:
He sentido tu llanto porque sabes que pronto
no quedarán ancianos para beber el vino,
porque has visto relámpagos morderse en el ocaso.

¡Ah, jinete del trueno, confesor de tinieblas,
campanero del bronce más grave de la tarde!
Yo he mirado tus huellas de labrador profeta,
te he visto cuando enciendes señales en la ausencia,
te he sentido llorar por vidrios rotos,
sorber lenguas polares,
ir a cárceles largas de llanto abarrotado,
inquirir a la brisa por un dolor de niño,
por las regiones, por los barcos solos,
por los sepulcros
donde la sangre acurrucada duerme.

Pero sorprendo siempre entre la tierra
descompuesta que muerdes, y en el agua
detenida en tus sienes,
sorprendo sobre noches, respiraciones, muertos,
sorprendo sobre estímulos torcidos
de gatos y doncellas,
en la abierta pupila del pez que te atormenta,
la acidez necesaria que tiene tu mirada,
la buena fortaleza del labriego profeta
que necesita el mundo
para sembrar la tierra con las manos,
para partir el pan con nuestras manos,
para esperar el polvo de las nubes,
para decir que un hombre nace
o decir simplemente que la tarde está triste.

NEY HIMIOB.

Caracas, 1946.

Manuel José Jaramillo

"Conversaciones de Porfirio Barba Jacob"

Por Daniel Arango.

ESTE pequeño libro nos entrega, elevada a una instancia de superior belleza verbal, la semblanza de un poco fabulosa del Barba-Jacob conversador, dispersada hasta ahora y difundida en los recuerdos de algunos amigos. El Barba-Jacob literario y recargado, tan señor de Phocás entre sus lapizlázulis y crisoberilos, aparece por estas páginas con toda la atmósfera que le adscribíamos, enriquecido, desde luego, por un estilo que rebasa toda posibilidad coloquial. Todas las condiciones maestras que hicieron de Porfirio un conversador extraordinario, han sido trasladadas, en este libro, a una similar categoría genuina, con un incalculable resplandor.

Barba fue un poco el apoderado general de cierto sentido esteticista del fin de siglo y representante último del modernismo literario, en lo que se refiere a esta porción particular de su genio. Como conversador está lleno de reminiscencias exóticas, de apólogos y parábolas, con todo un aparato sensual, casi morboso, en don de asoman Wilde y Darío, Lorrain y Nymans. Su vida está llena de peripecias, de aventuras, de cuentos, de cosas, de personas, de ciudades, de ríos, de lugares, de tiempos, de mujeres, de hombres, de sucesos, de cosas, de cosas, de cosas